

LA LOTERÍA

Martín Domingo, andaba sin rumbo en busca de empleo. La reciente notificación de desahucio aturdió sus pasos. Dando bandazos a palo ciego, observaba los carteles de “local en alquiler” y “nave en venta” que se sucedían por doquier, en disputa por la supremacía con las multinacionales reestructuradoras de personal. A medida que transcurría la mañana, como cada día, desde hacía cinco años, se desvanecía su ansiada esperanza por encontrar alguna señal sugerente que le posibilitara concertar una entrevista. No había tiempo a más demoras entregando el currículum y teniendo que esperar un incierto proceso de selección. Cediendo al instinto, transitando por el centro comercial, se detuvo ante la Administración de Lotería y Apuestas del Estado número 13. *Esto resolvería todos mis males* -pensó-. Y, a decir verdad ¿quién no ha fantaseado alguna vez imaginándose premiado por el azar?.

Martín, señor Domingo un lustro antes, casado y padre de tres hijos, era considerado persona juiciosa. Nunca había dejado en manos de la buenaventura nada que concerniese a su actividad económica, ni siquiera había apostado un solo euro a las quinielas, por entender su posicionamiento desventajoso ante la ley de probabilidades, pero sobre todo por concebir el juego de inmoral, pues estimaba ilícito el afán recaudatorio sin un mínimo esfuerzo en el trabajo. Pero ahora, sus cabales se encontraban ante la encrucijada de la desesperación. Sus necesidades primarias le pusieron a la cola del mostrador, divagando de la realidad mientras esperaba su turno. *¡Ay, si me tocara uno de esos escalofriantes premios!* - discurría suspirando para sus adentros- *No dejaría de trabajar, porque ya no trabajo,-ironizó consigo mismo- pero pagaría las deudas y resolvería tantas cosas . Incluso, podría ayudar a tanta gente. Y después de eso me podría permitir mis caprichos, y vivir mi vida, y hacer cuanto quisiera, siempre que estuviese dentro de la ley. Acariciaría el verdadero sentido de la libertad.* Ensimismado, sus ojos negros brillaban por el efecto de la ilusión que le abstraía. Su

rostro irradiaba el resplandor de la felicidad, como si estuviese al alcance de la mano cobrar millones de euros. Consideraba la mera posibilidad de obtener el premio o de no obtenerlo, lo cual, reducía a uno entre dos a las millones de combinaciones existentes.

Por inercia, llegó a la ventanilla en una especie de estado hipnótico, sin escuchar las voces que tras él le aclamaban apremio. Al otro lado del cristal, la administradora repicó con el nudillo del dedo corazón.

Recobrando la sensatez, tomó el boleto en blanco de la lotería más famosa en Europa, y encauzándose por un recinto ajardinado, se sentó en un banco entre dos álamos con intención de rellenarlo. En ese preciso momento, sin disponer de estadísticas, no supo que criterio seguir. Por algunos amigos del pasado, recordó que éstos utilizaban números para ellos carismáticos, como por ejemplo fechas de relevantes acontecimientos o aniversarios. Sin embargo, encontró imprudente ese proceder, por temer memorizar esos dígitos y que un día los avistara por algún lado sin que él hubiese apostado. Conforme a las dificultades afloraron malos pensamientos, y olvidando sus principios morales, juró y perjuró que pactaría con el mismísimo diablo para que le cantase la combinación ganadora. El sentido de la lucidez se antojó efímero.

Un inocente pinzón multicolor revoloteó tan cerca de él, que hasta podía haberlo alcanzado extendiendo el brazo, pero huyó asustadizo cuando las campanas de la catedral anunciaron la llegada del mediodía, y de la mollera de Martín salió un personajillo colorado, de tamaño no mayor al del conejo de un mago, que muy ágil saltó sobre su hombro, cubriéndole con las garras la oreja como si pretendiera revelar un secreto, invitándole a anotar la cantidad de campanadas que sonaban. De movimientos rápidos, agitaba la cabeza, ocasionándole un cosquilleo en la mejilla con su afilada barbilla de chivo. Y con sus cuernecillos puntiagudos despeinaba algún mechón caído sobre su sien. Su largo rabo juguetón se debatía entre los atinados golpecitos propinados en la espalda, algo encorvada, y al enroscamiento en el cuello. Tirando hacia él, le susurraba todo tipo de lujos que ni siquiera en sueños podría haber poseído. Cegado por la tentación, el inminente desahuciado, gozó inmerso en sus elucubraciones, sin percibir que la avaricia y la soberbia les ganaban la batalla a las

más severas necesidades básicas y a la humana solidaridad con sus semejantes.

El diablillo, aprovechándose de las debilidades de su víctima, se introdujo por el oído, soplándole hasta la sesera los supuestos restantes números ganadores.

Habida cuenta de tan extraordinario suceso, Martín abrió los ojos, descubriendo la caída de aquella tarde de invierno. El espeso cielo negro yació apresurado sobre él.

De regreso a su casa, tomó el mismo camino por dónde había venido, y selló el boleto. Sus pasos esta vez eran firmes y su mirada puesta al frente. No vio cartel, ni anuncio alguno, por el ansia de querer sentarse ante el televisor y comprobar cada una de las bolas extraídas del bombo. El televisor, los demás electrodomésticos y los muebles, dormían en la calle.